

El Arte del Sufrimiento

Escrito por: Martha P. Davis

"Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de misericordias y el Dios de toda consolación; el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también consolar a los que están en cualquier tribulación, con la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abundará también por Cristo nuestra consolación." (II Cor. 1:3-5)

La paciencia es un fruto del Espíritu Santo y es una gran necesidad en la vida del creyente nacido de nuevo, y es el camino que Dios ha elegido para que seamos purificados; por lo tanto, sufrir es justicia con Dios o es algo justo sufrir. (Lea 1 Pedro 3:14 y 1 Pedro 4:16).

Aquí se enumeran algunas de las cosas que uno debe sufrir por el nombre de Cristo: persecuciones, aflicciones, angustias, desengaños, hambre, soledad, ser abandonado, traición de los hermanos, ser contado como malhechor por su nombre, entre otras; pero si Jesús ha sufrido por nosotros en (Su) carne, ármense (prepárense) también ustedes con la misma mente. (1 Pedro 4:1).

Nunca murmuren, se quejen ni discutan por las cosas que no entienden, sino esperen en silencio hasta que el Señor ilumine su entendimiento. "Con toda tu sabiduría, adquiere entendimiento" (Prov. 4:7). "Espera en el Señor" (Sal. 62:5). ¡Espera! Qué palabra tan poderosa. Se necesita gracia para esperar en el Señor. Requiere fe, paciencia y confianza. Por encima de todo, se necesita AMOR, amor por Dios, y amor por su gran nombre.

Mientras esperamos, Dios está purificando las imperfecciones del corazón del sufriente. El oro puro es probado por fuego. Si sufrimos con Él, reinaremos con Él. Jesús mismo aprendió la obediencia por medio del sufrimiento. Al sufrir, estás ganando los frutos del Espíritu: te vistes con el Señor Jesucristo. Verdaderamente, el camino de la carne no es el camino de Dios. Dios toma las cosas de la carne (el hombre viejo) que desprecia y permite que vengan contra nosotros para perfeccionar al hombre interior y purificar nuestros corazones. El ego no sufrirá, o elige no sufrir ninguna aflicción; por eso debemos negar al ego y elegir, en nuestra propia voluntad, sufrir por Cristo, trayendo todas las cosas en el cuerpo y el cuerpo mismo a completa sujeción a Dios. Este poder lo tenemos dentro de nosotros. Dios lo ha puesto allí. Sin embargo, no sea mi voluntad, sino la tuya.

"Aunque Él era Hijo, aprendió la obediencia por lo que sufrió" (Heb. 5:8).

Realmente necesitamos la gracia de Dios para soportar el sufrimiento con la actitud que Dios desea y requiere de nosotros, y Su gracia es suficiente (II Cor. 12); por lo tanto, queridos, como dijo el gran apóstol Pablo, regocijémonos, sí, regocijémonos en las cosas

que sufrimos por Cristo, teniendo en cuenta que el que persevera hasta el final, ese será salvo. Alabado sea su Santo nombre. Colosenses 1:10 y 11 dice: "Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la gloria de Su poder, para toda paciencia y longanimidad con gozo." Aprendamos a regocijarnos y a estar extremadamente alegres, como Cristo nos ha mandado.

Debemos humillarnos como lo hizo Cristo y buscar la mansedumbre de Jesús para soportar los reproches que seguramente vendrán a nuestro encuentro. "Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil. 2:8). La paciencia es el fruto del Espíritu que muchos del pueblo de Dios realmente aborrecen.

Si Jesús no hubiera soportado Su sufrimiento, ¿dónde nos dejaría eso a ti y a mí hoy? Si no soportamos nuestras cruces, otros también perderán el regalo de la salvación. Debemos cargar nuestras cruces también.

Muchas veces hay situaciones en las que Dios está mostrando Su maravilloso poder a través de uno que está sufriendo para demostrar al enemigo de nuestra alma, el diablo, y a otros Su poder omnipotente; y hay ocasiones, en tales casos, en que el propio sufriente no es completamente consciente de esto. Tal fue el caso de Moisés y los israelitas en Egipto cuando Dios habló al Faraón a través de Moisés diciendo: "Deja ir a mi pueblo". (Tómese tiempo para leer los capítulos 3-12 de Éxodo: también Romanos 9:17-24).

En conclusión, queridos hijos de Dios, soportemos con paciencia, en Su poderoso nombre, todas las fuerzas opuestas que vengan contra nosotros, y seamos conscientes de que es la longanimidad de Dios la que está siendo cultivada en nosotros por Su Bendito Espíritu Santo. Los resultados son la entrega de los frutos pacíficos de justicia y quietud (reposo) en lo más profundo del ser. Suframos con gozo en la plenitud de Dios (Juan 15:11). Conozcamos y entendamos cuál es la voluntad perfecta del Señor (Efesios 5:17). Con el conocimiento viene el poder, poder del Espíritu Santo. Recuerda esto: Valdrá la pena todo cuando veamos a Jesús. No estamos desamparados, tenemos el Espíritu Santo.

Desde mi corazón al tuyo por el Espíritu Santo, que la Gloria del Señor repose sobre ti y se revele en ti a través de Jesucristo, oro. Amén.

Escrito por: Martha P. Davis
